

re por el último de ellos. La atracción del cariño irresistible entre el diputado Guillermo de Loja, que pasa, con motivo de las elecciones, por el retiro donde vive Julia, y la resignada beldad que había resuelto poner fin á sus extravíos, surge de la primer entrevista y concluye en unión ilegal reprobada por los buenos aldeanos, servidores ó favorecidos de *la Pródiga*. Tan insignificante obstáculo como este coro de recelos y suspicacias, destruye los planes de felicidad soñados por los héroes de la novela, y les hace comprender que no se han substraído á las mallas opresoras de la sociedad, y que no es sólo la madre naturaleza quien ve y fiscaliza sus actos. Al sombrearse el idilio con los colores de la tragedia, lo desenlaza pronto el suicidio de la protagonista, criatura desdichada hacia la que no disimula Alarcón cierta indulgente y paternal benevolencia, hartó peligrosa en el terreno de la moral.

Desde el año 1881 en que dió el ser á *El Capitán Veneno* y *La Pródiga* hasta el día de su muerte, vivió retraído el novelista guadijeño, y sin escribir otra cosa que la *Historia de mis libros*. Si la fecundidad de su pluma no fué extraordinaria, tampoco sacrificó nunca el esmero y la corrección al pueril afán de multiplicar las páginas ó á otros más contrarios al arte. No se busque unidad absoluta de propósito, fuera de la que ya indiqué, en las obras de Alarcón, porque su ingenio vivo, errático y accesible á todo género de inclinaciones, fué amoldándose á ésta ó á aquélla, volviendo á veces á recorrer el camino andado, y otras lanzándose por uno incógnito y difícil. Romántico en *El final de Norma*, realista más que naturalista en *El sombrero de tres picos*, cultivador de la novela docente en *El escándalo*, y de la de costumbres en *El niño de la bola*, y *La Pródiga*, casi siempre muestra inclinaciones y simpatías por el idealismo, y busca más lo grato de la ficción que el relieve de las figuras. Presenció y promovió el

renacimiento de la novela en su último período; pero su verdadero lugar no ha de buscarse entre Pereda y Galdós, ni entre la turba de sus respectivos imitadores, sino un poco más alto que todos en el orden de las fechas, precediéndoles antes de acompañarles, y sirviéndoles de lazo para llegar hasta Fernán Caballero.

Parecerá extraño que presente yo aquí formando grupo con Alarcón al P. Luis Coloma¹; pero nadie como un jesuíta puede emparejar con el autor de ese panegírico de la Compañía, que se llama *El escándalo*; y si á esto se añaden el gracejo andaluz, el realismo idealista, la tendencia docente y muchas más notas características de entrambos eximios narradores, y la circunstancia de haber llegado el uno al cenit de la ce-

¹ Jerez de la Frontera fué la patria del esclarecido autor de *Pequeñeces*. Nacido el 9 de Enero de 1851, ingresaba á los doce años en la Escuela preparatoria naval; pero no tardó en matricularse como alumno de Derecho de la Universidad sevillana. Mientras seguía sus estudios forenses cultivaba también con entusiasmo la amena literatura bajo la dirección de Fernán Caballero, con quien le unió amistad afectuosísima, mezcla de cariño filial y veneración de discípulo. Domiciliado en Madrid después de terminar su carrera, se inscribió en el Colegio de abogados, pero sin ejercer de tal, y consagrándose en cuerpo y alma á los manejos de propaganda alfonsina durante el período que precedió inmediatamente á la Restauración. Entonces halló ocasión de perfeccionar el conocimiento del mundo, y especialmente de las costumbres aristocráticas, que había adquirido en Sevilla frecuentando los salones y tertulias tanto como las aulas de la Universidad. A los veintitrés años entró el futuro P. Coloma en la Compañía de Jesús á consecuencia de un incidente que explica así la señora Pardo Bazán: «Poco antes de herirle el rayo de la gracia hirióle en el pecho una bala de revólver, tan gravemente que los médicos le concedían tres horas de vida no más. Este lance lo atribuyeron algunos á misteriosas causas; pero los mejor informados aseguran que Coloma se hirió á sí mismo involuntariamente en ocasión de estar limpiando el arma en su cuarto. Sea como quiera, y aun aceptando la última explicación por sencilla y verosímil, Luis Coloma vió la muerte muy de cerca, y al dejar el lecho del dolor su resolución estaba formada, y era irrevocable su propósito de entrar en la Compañía de Jesús...» El resto de la biografía del célebre escritor se concentra en la publicación de sus obras, gustadas al principio de sólo los lectores devotos, y celeberrimas desde que se expusieron en las librerías los primeros ejemplares de *Pequeñeces*...

lebridad cuando la muerte arrebatava al otro del mundo, las relaciones se estrechan y casi imponen el deber de inscribir al recién venido al palenque de las letras, junto al atleta que en él acaba de sucumbir.

El P. Coloma, al igual de Alarcón, se había adiestrado en la gimnasia de las novelas cortas antes de trazar un cuadro de grandes proporciones; pero los fragmentarios bocetos, miniaturas, paisajes y apuntes del natural dejan ver ya el trazo firme, la selección exquisita y el vigor de tonos magistralmente combinados en *Pequeñeces*.

Prescindiendo de los *Solaces de un estudiante*, que salieron á luz cuando aún no estaba decidida la vocación religiosa y literaria del autor, estrenóse éste en el púlpito de la novela con *El primer baile* (1884), ensueño místico que ofreció á sus lectores *El Mensajero del Corazón de Jesús*, y con el que empalmaron gradualmente *Ranoque*, *Polvos y lodos*, *¡Paz á los muertos!*, *Cain*, *La maledicencia*, y, con intermedios que no citaré, *Pilatillo*, *La Gorriona*, *Por un piojo...* y *Pequeñeces...*

El instinto seguro del P. Coloma le hizo conocer el inmenso alcance social de la novela, espada de dos filos esgrimida en pro del bien y del mal, y que él desenvainaba resueltamente como paladín del catolicismo. Las páginas del *Mensajero* llevaron por todos los ámbitos de España la voz insinuante del jesuíta, ora patética y grave, ora surcada por las vibraciones de la indignación y el sarcasmo, ya como blando rocío de plegaria, ya como chispa eléctrica que abrasa y aniquila. El auditorio del P. Coloma estuvo restringido largo tiempo á los límites del hogar doméstico, de las casas de educación religiosa y de los opulentos recintos aristocráticos; se componía de algunos devotos maduros, de muchísimas devotas, auténticas ó mundanas, y de adolescentes próximos á hacer su entrada en el mundo. Todos hubieron de encontrar poderoso atractivo

en las historietas del misionero novelista, que acertó á convertirlas en manjar apetitoso para tan distinto género de paladares.

En la *Colección de lecturas recreativas*¹ se atribuye harto mayor importancia que en la generalidad de las novelas al elemento religioso y sobrenatural; juegan otros resortes desdeñados por el indiferentismo racionalista; se retratan con interés afectuoso las travesuras infantiles; se aspiran, en fin, auras frescas y primaverales que dilatan los senos del corazón y purifican la misma hediondez del vicio.

Pero el más intolerante menospreciador de la literatura devota tropezaré en las *Lecturas recreativas* con tal gallarda silueta, primor descriptivo ó delicadeza psicológica que le obliguen á descubrirse con respeto ante el simpático mentor de la juventud escolar y del sexo femenino. Ranoque, abandonado por sus padres naturales, el tío Canijo y la tía Cachana, recogido por una piadosa viuda, estupefacto al conocer de súbito la prisión y condena de los dos criminales á quienes debía el ser, y enseñando á su madre el Credo antes de que la infeliz suba al cadalso, es una figura de relieve que se esculpe con rasgos imborrables en la imaginación más barroqueña. Currito Pencas, el de *Polvos y lodos*, relatando ante un concurso de señoritos nobles y holgazanes sus aventuras de torero en *Paris de Francia*, y las palabras que había dirigido al *Señor Napoleón* antes de matar un toro: «*Brindo por bu y por la mujer del bu y por el buesito chico*»; y el regalo que había hecho de su traje al príncipe imperial, y el señoril desdén con que había recibido á *Monsiú Coliflor*, haciendo una *torcia* de los billetes que le presentaba como pago de su fineza indumentaria, pegándoles fuego en el velón ¡y ofreciéndoselos para encender el ci-

¹ Con este título publicó el P. Coloma sus primeros ensayos de novela. (Cuarta edición. Barcelona, 1887.)

garro; este Currito Pencas, digo, no cede en lo saleroso y bien plantado á ningún personaje de los cartones de Goya. El baile de piñata dado por la condesa de Santa María (alias *la Gorriona*), instigada por sus intrigantes sobrinas, como reto de fidelidad borbónica lanzado á un Sancho Panza de la época de D. Amadeo, á quien cuelgan falsamente la prohibición del minué á la española las pérfidas que lo preparan; los escrúpulos nobiliarios y religiosos de la condesa, y su pavoroso desencanto al sorprender una conversación soez de aquellos jóvenes tan finos y corteses á quienes había abierto ella los salones de su casa; todas las escenas de *La Gorriona* anuncian ya el maduro talento, la intención social, la vena satírica y el desenfado cultísimo, de que el P. Coloma había de ofrecer pronto inolvidable demostración.

Saltemos por encima de los *Cuentos para niños*, y de las narraciones *Por un piojo...* y *Juan Miséria*, pues ya está vibrando, como aguda nota de clarín, en mis oídos y en los del lector, el celeberrimo vocablo *Pequeñeces...*

Así bautizó el Padre una novela escrita también para *El Mensajero*, donde la leímos y saboreamos los antiguos admiradores del autor, aunque no se acordasen entonces de ella la mayor parte de los literatos de oficio.

A poco se reunían los fragmentos desperdigados de Revista en dos lindos volúmenes¹ que llamaban con su tentadora cubierta la atención de los transeuntes en los escaparates de las librerías de Madrid; susurraron frases de misterio en los círculos y tertulias; recordábase el encarecimiento con que Emilia Pardo Bazán había ponderado la superioridad del casi incógnito no-

¹ Bilbao, 1891. Hoy se vende la cuarta edición, habiendo sido muy copiosas las tres anteriores. La suma total de las cuatro tiradas asciende á 30.000 ejemplares.

velista sobre el ilustre Pereda, Palacio Valdés y *tutti quanti* en la pintura de costumbres aristocráticas; se acumuló en las cabezas y en la atmósfera enorme cantidad de fluido eléctrico, desarrollado simultáneamente por las cavilaciones políticas y el bizantinismo literario, y estalló la tempestad en relámpagos de odio ó adhesión entusiasta, en truenos de *vivas ó mueras*, y en lluvia de artículos ó folletos, y de cuchicheos confidenciales ó acalorada discusión.

«Desde que apareció impreso *El escándalo*, de Pedro Antonio de Alarcón, — escribía Luis Alfonso¹ al comenzar apenas la marejada, — es decir, desde hace dieciséis años, no se había publicado en Madrid novela que tanto ocupase y preocupase la atención pública como *Pequeñeces...*, del P. Luis Coloma.

»Téngase en cuenta antes de pasar adelante, — añadía el celebrado crítico, — una circunstancia importantísima: jesuíta era el verdadero protagonista de *El escándalo*; jesuíta es el autor de *Pequeñeces*. No puede pedir más la Compañía de Jesús; nadie, aun en el terreno literario, agita la opinión tanto como ella.

»Si así ha sucedido en este caso; si el libro de este autor ha logrado resonancia mayor que los de otros novelistas de gran valer y fama, no consiste sólo en el mérito intrínseco de la obra; consiste, además, en diversidad de causas que concurren al mismo fin.

»Trátase en primer lugar de la novela de un clérigo, hecho que en otros tiempos, desde los de *La lozana andaluza* hasta los de *Fray Gerundio de Campazas*, no hubiera producido la menor extrañeza por lo usual, pero que hoy por lo inusitado sorprende y choca. Añádase que la novela no es, como pudo imaginar el lector tratándose de un eclesiástico, un libro devoto en forma amena, ni una homilía disfrazada de relato en-

¹ En *La Época* del 21 de Marzo de 1891.

tretenido, ni siquiera una narración circunspecta, timorata y honestísima al modo de *Las tardes de la granja*, ó siquiera, siquiera, al modo de los cuadros de costumbres de Fernán Caballero; de ningún modo: *Pequeñeces...* recuerda mucho más á Zola que á Goldsmith; y si el fin es muy religioso, los medios no pueden ser más profanos.

»Agréguese á lo expuesto que la novela no trata de la gente plebeya, ni del estado llano, sino de las clases aristocráticas y pudientes, de la sociedad cortesana, que, por estar más ó menos torpemente descrita en libros recientes de autores muy conspicuos, había dado ocasión á ruidosas polémicas. Considérese, además, que de un individuo de la Orden de San Ignacio de Loyola, al cargo de la cual corre la educación de los hijos de la mayor parte de las casas nobles y acaudaladas, partía la diatriba más terrible y más despiadada que contra los padres de aquellos hijos se ha escrito nunca. Téngase, por último, en cuenta que, como del libro se colige y fuera del libro se tiene por averiguado, el autor de *Pequeñeces...* «ha sido cocinero antes que fraile».

En tales términos apreciaba un redactor de *La Época*¹, del diario oficial de la aristocracia española, los violentísimos y encontrados sentimientos que despertó la novela del discutido jesuita.

Pero el motor más poderoso del escándalo que constituye la historia externa de *Pequeñeces...*, fué la curiosidad malsana y contagiosa de esa muchedumbre que

¹ A doña Emilia Pardo Bazán cabe la gloria de haber llamado antes que nadie la atención del público sobre *Pequeñeces...* En el número del *Nuevo Teatro Crítico* correspondiente al mes de Abril insertó un largo estudio sobre la obra y su autor con el título de *Un jesuita novelista*, estudio que, muy refundido y ampliado, se convirtió en folleto de oro (*El P. Luis Coloma.—Biografía y estudio crítico.*—Madrid, sin año). Federico Balart disertó con su aplomo é independencia acostumbrados sobre *Pequeñeces...* en *Los lunes de El Imparcial* (13 y 20 de Abril de 1891). Desde el día 2 hasta el 18 de este mismo mes estuvo abierto en

se ve en todas partes y en ninguna, la fiscalización anónima soliviantada por tan irresistible señuelo como es la honra de personajes blasonados.

Desde que, por inducciones maliciosas y secuelas aventuradas, se sustituyeron los nombres y apellidos de la novela con otros de personas, vivas ó muertas, pero de carne y hueso; desde que se creyó haber topado con *la clave* cuya existencia negaba el autor de antemano y con insistente energía, no hubo ya diques ni compuertas que contuviesen el oleaje de la murmuración universal.

Pasaron los días en que el no haber leído *Pequeñeces* era como salir á la calle sin sombrero. Calmada la efervescencia de los ánimos, no es tan difícil como antes condensar en breves conclusiones el valor moral y literario de aquella obra de singulares destinos.

El P. Coloma, no hay que dudarlo, se propuso atajar la gangrena de la corrupción que invade las más encumbradas esferas de la sociedad, y á ese fin echó mano de las medicinas convenientes, decidido á utilizarlas sin repulgos ni contemplaciones. La sátira incisiva y cruel, el consejo en forma directa ó indirecta, las conminaciones de castigos eternos y temporales, y las promesas de perdón para los arrepentidos, son recursos de que se sirve el novelista, quizá rebasando alguna vez los lindes de la moderación, pero sin desmentir su noble intento.

Que, por lo visibles y recientes, se prestan los hechos narrados á glosas malévolas; que Jacobo Saba-

la primera plana de *El Heraldo de Madrid* un juicio público y contradictorio sobre la asendereada novela. Examinándola más bien por su fondo y significación que por su valor artístico, apasionó D. Juan Valera los ánimos con la intencionadísima carta de *Currita Albornoz al P. Luis Coloma*. Otros mil escritores terciaron en la empeñada contienda, entre ellos el P. Fr. Conrado Muñoz y Sáenz con el jugoso resumen *La crítica de «Pequeñeces...» y pequeñeces de la crítica* (*La Ciudad de Dios*, 20 de Abril de 1891), al que contestó la señora Pardo Bazán.

dell resulta la encarnación del mal esposo, del rufián elegante y el político venal; y su querida Currita Albornoz la de la casada infiel, reina de la moda, que por sólo esta cualidad se sobrepone á las damas dignas y decentes; y el marqués de Villamelón, marido de Currita, representa á otros muchos tan imbéciles y ciegos como él, y los demás personajes responden á un simbolismo susceptible de aplicaciones concretas; que, por referirse la acción á la época de D. Amadeo y pintar á lo vivo las maniobras de la aristocracia alfonsina, que prepararon la Restauración, quedan ésta y sus hombres clavados en la picota; que los *documentos* históricos y sociales de *Pequeñeces* frisan en crudeza con los del naturalismo francés, aunque siempre vayan reprobados por la censura condigna, y nada contengan que ni remotamente excite los bajos instintos de la concupiscencia sensual, todos esos y muchos más cargos que abultó la mala fe servida por la ruindad del entendimiento y el corazón, se explican satisfactoriamente á la luz del propósito moralizador y correccional que presidió al libro del P. Coloma. No se curan las lacerias tapándolas con velos de compasión ó de complicidad.

Por otra parte, al aplicar el cauterio á la podredumbre de los vicios refinados y elegantes no disimula ni apadrina los de las clases media y popular, sin entrar tampoco en odiosas comparaciones que no comporta la índole de un relato novelesco.

El saldo final de *catorce mujeres perdidas por ciento veinte mujeres honradas*, y aun el otro de *bastantes buenas, pocas malas, muchas que, siendo de las primeras, se parecen á las segundas*, expresiones numéricas del concepto que merece al autor la aristocracia femenina de *Pequeñeces*, no pueden tildarse de injuriosos ni depresivos.

Los remedios prácticos que prescribe el P. Coloma, y en particular el apartamiento de justos y pecadores, serán todo lo impracticables y utópicos que se quiera;

pero nada dice esto contra la rectitud de miras y la inflexible entereza de principios en que van inspirados.

No menos inatacable y diáfano que la intención pedagógica de *Pequeñeces*, brilla su mérito como concepción artística. Mucho es haber dado en el hito de la novela de alto coturno, y esclarecido la neblina que impedía contemplar en su verdadero ser el mundo, frívolo y grande á la par, de las costumbres aristocráticas. El P. Coloma las conoce como testigo presencial y las reproduce con mágica exactitud de pormenores, aunque se haya discutido alguno de ellos.

Con la originalidad de *Pequeñeces* se hermanan la verdad y consecuencia de los caracteres principales, si se exceptúa el de Jacobo Sabadell, afeado por ciertas desviaciones anormales que no pasaron inadvertidas para el autor. Currita Albornoz puede alternar con las más excelsas figuras de mujer que ha producido la novela contemporánea, y así lo proclama, con su autoridad de artista y de señora, Emilia Pardo Bazán. Los bocetos caricaturescos como Villamelón y el tío Frasquito, suplen con la gracia lo que les haya sustraído de realidad la hipérbole satírica, y el coro de los personajes de segundo término se mueve con holgura, no por simple arbitrariedad del tramoyista que los dirige.

Desde luego sumo entre las perfecciones de *Pequeñeces* ese interés irresistible que aprisiona y seduce la voluntad del lector; ese interés que, cuando se basa, como aquí, en la fecundidad de inventiva y en la total comprensión del asunto, no tiene nada que ver con los disparatados lances de las publicaciones por entregas.

Nadie se ha atrevido á negar al P. Colomala maestría en el manejo del diálogo. En lo referente al estilo se le han escatimado los elogios con avara tacañería; se ha pulverizado en el grosero almirez de un análisis impertinente su prosa, incorrecta, sí, hasta el desaliño y plagada de cacofonías, pero transparente y

animada, flexible y pintoresca, penable por las leyes de la Gramática, no por las de la Retórica.

Si *Pequeñeces* vale mucho como libro aislado, ¿cuánto valdrá como cabeza de una serie? Ya nos lo dirán las futuras hermanas de aquella primorosa novela.



CAPÍTULO XXVI

LA NOVELA CONTEMPORÁNEA

Valera (1).

POLÍTICO, periodista, escritor ameno y elegante, crítico de alta fama, hombre de mundo y hombre de letras, todo eso había sido este admirador del Júpiter de Weimar, cuya amplitud inmensa de ingenio emula en cierto modo. Pero no se mostraba satisfecha la ambición del polígrafo insigne que, cuando parecía agotada su virtualidad creadora, la difundió

¹ D. Juan Valera nació en Cabra (Córdoba) el año 1827, de noble familia, que le proporcionó una educación digna de su cuna. En las novelas del autor, y señaladamente en *Pepita Jiménez* y *Las ilusiones del doctor Faustino*, hay escenas inspiradas en los recuerdos de su país natal y sus primeros años. En Málaga hizo Valera los estudios elementales, que perfeccionó en el Sacro Monte de Granada. Dedicado en un principio á la carrera del foro, siguió luego la diplomática, y acompañó al Duque de Rivas siendo éste embajador de España en Nápoles, á la vez que depuraba su gusto artístico con el conocimiento de los clásicos griegos, latinos é italianos. La residencia en Lisboa, Río Janeiro, Dresde y San Petersburgo, hizo de Valera un apreciador inteligente de las literaturas modernas más desconocidas, sin que este cosmopolitismo perjudicase al absoluto dominio de la inglesa, la francesa y la española. De vuelta á Madrid, y tras breve lapso de tiempo, formó parte de la Redacción de *El Contemporáneo* (1859), periódico de ideas muy liberales, pero que indirectamente servía á los intereses del moderantismo. Pasándose á las filas de la Unión Liberal, fué enviado en 1866 por el Gabinete O'Donnell